SERMON XIV.

DE LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

Mittam omnes plagas super cor tuum.
EXOD. CAP. 9. VERS. 14.

Afligiré tu corazon con todos los trabajos.

¡Dios eterno, Dios santo! fuiste soberanamente justo y digno de nuestras adoraciones, quando en el exceso de tu indignacion y de tu cólera hiciste esta terrible amenaza contra un Rey, que será en todas las edades el escandalo del mundo, Rey impío, injusto, homicida, obstinado, y aun el mas obstinado de los Reyes: yo descargaré todos los trabajos sobre tu corazon: tu corazon solo experimentará todos los azotes, que repartidos han puesto horror y espanto á todo Egipto. Pero en verdad, que son un abismo tus juicios quando descarga sobre el corazon de aquella angustiada muger un diluvio de aflicciones, capaz de acabar de un solo golpe con la vida de todas las criaturas, si se repartiera en todas ellas, segun la juiciosa sentencia de San Bernardino de Sena.

Faraon fué un Príncipe soberbio que se propuso desconocer tu soberanía, y sacudir el yugo de vasallage, debido á tu suprema dominacion: María, la santísima Vírgen, es aquella criatura que se conoció esclava, y vil insecto de la tierra entre la abundancia misma de gracia con que la favoreció tu diestra poderosa. Faraon fué un monstruo enemigo de la humanidad, no menos que blasfemo de tu santo nombre: la amabilísima María ha llenado la tierra de sus virtudes, y suben hasta tu trono los perfumes que exhala su espíritu abrasado en amor á Dios y al hombre. Faraon, indocil á tu voluntad, intimada por medio de Moyses, impidió á tu pueblo que te ofreciese víctimas en la soledad, multiplicó sus cadenas, é hizo insoportable su servidumbre: la grande María ha sido mas conforme que Abraham á tu divino beneplacito: ella misma, como heroyca Sacerdotisa, hubiera puesto en la Cruz al hijo de su amor, si hubieras fiado á sus manos el sacrificio doloroso.

¿Por qué pues, Señor, equivocas en las aflicciones á tu esposa María con el reprobado Faraon? ¿Por qué te has mudado para ella en un Dios de crueldad? ¿Por qué propinas al delinqüente, y al justo un mismo cáliz de amargura? ¿Qué digo, un mismo cáliz? El de Faraon no fué sino un rio de hiel y agenjo, y el de María es un mar, cuyo seno no se puede ver ni medir su inmensidad.

Descarga, Señor, tu pesado brazo sobre ese Príncipe impío: él ha puesto en tus manos el arco para que dispares tus saetas empapadas en indignacion: humillale con peste devoradora: truenos espantosos intimiden su corazon: una lluvia impetuosa de granizo, de que no tenga memoria Egipto desde su fundacion hasta el presente dia, asole desde el hombre hasta el jumento: si resta aun planta verde, consumala el diente roedor de la langosta: no amenaces, dispon el golpe decisivo de tu colera: muera su propio hijo: justo es que todos los tra-

bajos se acopien sobre ese infiel corazon: *Mittam omnes plagas in cor tuum.* ¿Pero con María ha de executarse á la letra, y aun en mas doloroso sentido esta terrible amenaza? No, Dios justo, no observes con ella esta conducta afligidora. Si es la obra principal de tu diestra, piensa sobre ella pensamientos de paz, y no de afliccion: si es tu esposa, no le seas un esposo de sangre, llamala al huerto de los aromas, y no á la cueva de los leones: si es tu hija querida, no escribas contra ella amarguras.

Afuera pensamientos inutiles: mi corazon, sin duda, me ha dexado sorprendido con las angustias de esa dolorosa hija de Sion. ¿Con que habia de ser sacrificada en el altar de la Cruz esa paloma inocente y sin mancha, segregada de los pecadores, y mas elevada que los cielos? Y la otra que era inseparable del sacrificio, segun el precepto de la ley, ¿no habia de teñirse en sangre, y padecer igualmente? ¿Con que el Hijo habia de ser el objeto del furor del Padre, y la Madre no habia de tener parte en sus tormentos? Adoremos los juicios del Señor, que si no perdonó á su propio Hijo, tambien lleno de amarguras á la Madre, sin otra diferencia que haber padecido Jesu-Christo en su propio cuerpo, María en el corazon: Jesu-Christo por la justicia del Padre, y barbarie del Judaismo; María por la participacion de los dolores de la Pasion de su Hijo. Estas son las llagas afligidoras que son como el compendio de todas las aflicciones, y nos la presentan á nuestra contemplacion la madre mas afligida, la muger mas desconsolada. Dos reflexîones en que debe tomar partido nuestro corazon. Madre la mas afligida; ¿y

por qué? Porque es testigo de los tormentos del Hijo. Muger la mas desconsolada: ¿y por qué? Porque el Padre le ha cerrado todas las puertas al consuelo.

AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

Si fiais al juicio de los ojos la idea que debeis formar de los dolores de María, extrañareis que yo sostenga, que sus tormentos fueron semejantes en la acerbidad á los del Hijo. Me preguntareis en verdad: ¿dónde están los azotes? ¿Las espinas? ¿Dónde aquella profunda agonía en que entregó el espíritu á su Padre? No me arguyais así. La Santísima Vírgen no recibió heridas en el cuerpo, no derramó sangre, ni menos sufrió la muerte. Solo el hombre Dios, segun el lenguage de Isaías, cargó sobre su cuerpo con el peso de nuestros pecados, derramó su sangre preciosísima, porque solo él podia satisfacer condignamente á Dios irritado contra el pecador. ¿Mas qué? ¿No podré decir del dolor lo que escribió del deleyte el Padre San Agustin? ¿*An habent corporis sensus voluptates suas, et animus deseritur voluptatibus suis*? Tienen los sentidos del cuerpo sus propias delectaciones: ¿y se ha de privar de ellas el espíritu? ¿Qué, no hay mas dolor que el exterior que traspasa la carne, como agudas espinas? Hay dolor interior que es la angustia, que aflige al hombre en la porcion mas noble, en el espíritu. Tal fué el dolor de María, dolor interior, dolor del alma. Vendrá tiempo, le dixo el santo

viejo Simeon, en que traspasará tu alma un profundo dolor, al modo de una espada de dos filos: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius* (a). Entendedlo, dice el Santo Obispo Paulino (b), que no anuncia Simeon dolores á la carne de María, sino á su tierno y afectuoso espíritu, que dominado de amor y piedad á su hijo moribundo, sintió tanto mas vivamente las impresiones del dolor, quanto el acero, impelido con impulso, profundizó las heridas en el Hijo.

¡O corazon, ó corazon angustiado! Tú te sentiste en el Calvario embestido del mayor dolor, de que es capaz una pura criatura. El puñal que te traspasó medio á medio, fué aquel que hizo romper de sentimiento los peñascos, obscurecerse los cielos, abrirse los sepulcros, y llorar amargamente á los Angeles de paz. La presencia de Jesus agonizante fué el cincel penetrante que grabó en ti, si me es lícito decirlo así, la viva y sangrienta imágen de los desapiadados estragos que padecia el Redentor en su cuerpo. Entonces fué, segun el pensamiento del Abad Ruperto (c), igualmente célebre por su piedad y su doctrina, quando te mostraste propiamente lirio entre las espinas; porque entrando al corazon por los ojos las penas de tu amado, y penetrandolas la mente con toda la viveza de que es capaz, venia el alma á sentir los tormentos, como si de hecho ella fuese herida con los azotes, traspasada con las espinas, y clavada en el duro leño de la cruz.

(a) Luc. cap. 1. (b) S. Paulin. epist. 50.
(c) Abad Rub. lib. 1. in cant. cap. 1.

¡Qué feraz es la imaginacion para producir angustias si se la presenta un objeto doloroso! ¡Qué desapiadada, qué cruel! Ella atormenta, angustia, produce deliquios de muerte, y es capaz de dividir el espíritu del cuerpo si una fuerza superior no la sostiene. Corred el velo al dolor de Jacob á vista de la ensangrentada tunica de Josef: al dolor de Jeremías, previendo las calamidades que habia de padecer la ingrata Jerusalen. Traed solo á la memoria las angustias del Salvador en el huerto. Hablaba de su pasion inminente con el Padre. ¡Ah! que en el acto en que ora con instancia mas fervorosa, cae en agonía de muerte: su cuerpo se cubre de un sudor de sangre que forma como una especie de arroyo: *Sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram* (a). Yo no veo en el huerto azotes, espinas, cruz, ni aquellos instrumentos de que se armó contra el hombre Dios la rabia y ódio de los hombres. Es verdad; pero le aflige la idea de sus cercanos trabajos, y esta aprension sangrienta le abre las venas, y le presenta lleno de heridas desde el pie hasta la cabeza, y hecho un varon de dolores: *Vir dolorum* (b). Volved del Hijo á la Madre. ¡Muger afligidísima! ¿qué concepto formaré de tu dolor? La imaginacion sola de sus trabajos abatió á la misma fortaleza. ¿Qué no haria en María, que aunque muger fuerte por excelencia, era al fin criatura, era Madre de un Hijo á quien veia padecer con tanta inhumanidad? El Evangelista nos la representa como testigo del mas sangriento espectáculo. Miraba en

(a) Luc. cap. 22. v. 44. (b) Isaiæ cap. 58. v. 8.

el Calvario á ojos claros obscurecida la belleza del mas hermoso de los hijos de los hombres, herido y humillado al hombre Dios, despedazado con mil llagas profundas, y cubierto de sangre. ¡Ah vista amarguísima! Ella imprime en el corazon de esta muger de dolor la imagen despedazada de su amado Jesus, con caractéres vivos, penetrantes, activos, y por consiguiente fué penetrado aquel corazon, no solo de los tiernos sentimientos de Jacob quando deseaba descender al infierno para llorar sobre Josef despedazado por una fiera inhumana: se llenó la Vírgen de amargura, embriagada con axenjo como Jeremías al contemplar á Jerusalen desolada, sin templo, sin altar, sin sacrificios, sin Rey: el dolor de María fué mas completo, y solo tiene simil en el dolor de Jesu-Christo: sintió que su corazon era el blanco de las saetas, que animadas con fuerza omnipotente, herian la carne de su Hijo: *Posuit me quasi signum ad sagittam* (a); y que si las saetas de la crueldad hacian el mas inhumano estrago en el cuerpo de Jesu-Christo, retrocedian hácia ella sin perder su impulso, y le traspasaban hasta los riñones: *Misit in renibus meis filias pharetræ suæ* (b). ¡Quién tuviera una vista perspicaz para registrar con San Gerónimo (c) en el corazon de María esculpidos los azotes, las espinas, los clavos, y quanto inventó la barbarie del judaismo para que fuese un prodigio de dolor en la pasion del Salvador!

(a) Thren. cap. 3. v. 12. (b) Ibid. v. 13.
(c) S. Hier. serm. de Asump.

Es verdad que no sudó sangre esta señora; ¿pero acaso no fué por eso excesivo su dolor? Jesu-Christo permitió este desahogo á su amor para autorizar, dice el Padre San Bernardo, que venia á lavar con lagrimas de todo el cuerpo las manchas de los pecados de todo el cuerpo místico de su Iglesia. El dolor no concedió á María este pequeño desahogo. Reconcentrado todo en el corazon la niega la efusion de una sola lágrima, no la permite exhalar un solo suspiro, padece una especie de agonía que la priva hasta de las facultades para quejarse. Su corazon sufre todo el ímpetu de una pena de primer órden que no encuentra puerta para desahogarse. ¿Habeis visto un vapor fogoso que encerrado en las entrañas de la tierra busca por todas partes su libertad, y no hallando como desahogar sus incendios se acalora, se inflama, y reuniendo contra sí todo su ardor, estremécese la tierra, sacude los montes, y produce estragos capaces de infundir pavor? Otro tanto executó el dolor en el corazon de nuestra amante Madre, encarcelado en sus bóvedas, y privado del desahogo, de sollozos, gemidos y lágrimas. Ved ahí por lo que la contempla San Bernardo apenas con alientos de vida, agonizante como el Salvador, y como añade San Buenaventura, herida con mil saetas empapadas en la hiel del Calvario.

Aun no habeis oido lo que mas acredita el dolor de María, de máxîmo entre los dolores despues del de Jesu-Christo. Aun no hemos vadeado sino un brazo de este mar inmenso de afliccion, como le llama Jeremías: *Magna est velut mare contritio*

tua (a). El Sabio dexó escrito que á medida del conocimiento de las bellas qualidades del objeto afligen sus desgracias: *Qui addit scientiam, addit et laborem* (b). ¡O buen David! Yo te veo abandonado al sentimiento: ¿qué aflige tu corazon? ¿qué? Saber que Absalon, aquel hermoso jóven de Israel, aquel cuyos cabellos arrebataban la atencion de las hijas de Sion, queda pendiente de un árbol atravesado con tres lanzas, y muerto ignominiosamente en la batalla. ¡Desmayada comparacion! ¿Qué simil hay entre las bellas qualidades de Jesu-Christo, y el ingrato Absalon, y entre el conocimiento de María y el de David? La Santísima Vírgen conocia á mejor luz con mas claridad que los hombres y los Angeles, que el objeto de las iras del judaismo era aquella belleza que llama San Agustin siempre antigua y siempre nueva. Su espíritu penetra la dignidad infinita de su persona, la inocencia de su alma, el esplendor de su virtud, la amplitud de su beneficencia, y su abrasado amor para con el hombre; y de aquí la correspondencia que era debida á su amor, y el trato á que era acreedor su merito. Pero todo lo mira al contrario: vilipendiada la magestad, hecha el oprobio de los hombres, y el desprecio de la plebe: sentenciado á muerte, y clavado en la cruz como impío malhechor al Justo por excelencia. ¿Qué dolor para María ver las bellas qualidades de su Hijo mudadas en vilipendios y desprecios? Su luz, su conocimiento era como el rayo que tanto mas se presenta terri-

(a) Thren. cap. 2. v. 13. (b) Eccles. cap. 1. v. 18.

ble, y hace mas estragos, quanto es mas vivo, mas resplandeciente el fuego que le compone: con mas razon que David pudo esta Madre del conocimiento y del amor hermoso ofrecerse á la muerte por librar de la cruz al Hijo de su corazon, y exclamar en el exceso de su dolor: ¡O Hijo mio Jesus, y si me fuere permitido morir por ti en ese leño para salvar tu vida! *Fili mi Jesu*, como se explica San Bernardo: *Quí mihi det, ut ego moriar pro te.* Sin duda fuera esto un lenitivo para el dolor de María; pero el cielo conserva su vida para que en una agonía continuada muera mil veces en cada instante.

Unid á este conocimiento de las bellas qualidades de Jesus el amor de María á este Hijo amable de su corazon. ¿Quién podrá formar cabal idea de su amor? Madre: he ahí el fondo del amor mas vivo, mas tierno, mas afectuoso, y por consiguiente el principio del dolor mas penetrante. No os sorprendais, escribe San Ambrosio (a), al ver que la muger del Zebedeo pide con importunidad las primeras sillas para sus hijos. Confieso que su súplica fué imprudente. Pero al fin ella era Madre: *Matrem cogitate.* Pedia á proporcion del amor que animaba su corazon. ¿Quereis pues concebir el amor de María á Jesu-Christo? *Matrem cogitate.* Acordaos de que era Madre, y Madre de corazon tan amoroso y el mas racional en sus afectos hácia un Hijo el mas bello, el mas sabio, el mas hermoso de los hijos de los hombres, como se explica la Escri-

(a) S. Ambr. de fide ad grat. lib. 5. cap. 2.

tura, y á quien el alma de la Madre estaba estrechamente unida, y hacia como una sola alma con el corazon del Hijo, segun la doctrina de San Lorenzo Justiniano (a). ¿Quáles serian los afectos y los deseos del corazon de esta Madre? Afectos y deseos tanto mas fervorosos, tanto mas probados quanto mas se unian la fé y la razon con el amor. Se aflige, se consume, se aniquila aquel corazon grande, á fin de que Jesu-Christo fuese conocido por el Mesías esperado, que fuese oida su doctrina, imitados sus exemplos, obedecidos sus preceptos, y que el pueblo docil practicase con él los oficios de obsequio y sumision que por tantos títulos le eran debidos.

Deseos razonables, deseos prudentes, pero impedidos y frustrados; porque ¿qué mira María en el Calvario sino un teatro funesto de ingratitud, de oprobios, de blasfemias é impiedades? ¡Oh! ¿Y con qué dolor volverian contra un corazon lleno de amor estos afectos? ¿Con qué violencia heririan aquella alma, y penetrarian el afectuoso espíritu de María? ¿Le heririan con el dolor que sufrió aquella buena madre que pretendia su hijo en el juicio de Salomon (b) viendose atropellada, y frustrados sus deseos por una madre aparente? ¿La amargarian en el alma con la hiel que inundó el corazon de la valerosa madre de los Macabeos (c), mirando á sus hijos despedazados por la crueldad del Rey Antioco, y privado su seno de aquellos pedazos de sí

(a) S. Laurent. de Christ. agone, cap. 18.
(b) 3. Reg. cap. 3. v. 26. (c) 2. Machab. cap. 7. v. 41.

misma? ¿La afligirian como á la Sunamitis (a) quando vió morir entre sus brazos aquel hijo por cuya salud ansiaba, y cuya vida habia pedido con tantas lágrimas?

Por los afectos, dice el Padre San Agustin (b), que formamos para nuestro interes, podemos formar idea de los del corazon de quien ama. Nos alegramos si el objeto del amor se ve libre de trabajos, tememos que cayga en ellos, que perezca, que se aflija, y nos abandonamos al dolor si le vemos padecer. Esta es la índole del amor, dice este Padre del siglo IV; quando desea conseguir es apetecer con ansia, quando goza del objeto es alegría, quando huye del mal que le es molesto es temor, y quando cae en lo que aborrece y siente sus golpes es tristeza. Discurrid de la Santísima Vírgen sobre este fundamento: ¿qué amor mas fervoroso que el suyo para con el Hijo? ¿Quién deseó mas sus felicidades ¿Quién aborreció mas sus trabajos? ¿Pues quién sentiria mas verle en tan lamentable estado? Clavado en un suplicio de oprobrio. ¡Ah! Hijo mio, le diria la angustiada Madre, ¿quién te ha puesto en tan lastimoso estado? ¿Una corona de espinas se ha seguido á una corona de gloria? ¿El trono de tu Magestad se ha mudado en una cruz? ¿La púrpura de tu vestido son profundas y penetrantes heridas? ¿Con que has de morir, Hijo mio, con muerte tan ignominiosa? Una espada que por dos partes le hiere el corazon y le traspasa el alma, no la dexa arbitrio para articular mas expresion: su lengua mori-

(a) Reg. cap. 4. (b) S. Aug. lib. 4. de Civ. Dei, cap. 9.